

de recibirlos, los remedase palmoteando.

Por lo que hace al payaso, habíase vuelto á sus balanzas. Y sentado bajo el sauce, cuyo abanico de follaje mezquino y gris parecía la mitad de una enorme y polvorienta araña suspendida sobre su cabeza, dormitaba en fantástica actitud, metidas las suelas en el agua, inclinado sobre la glauca profundidad, en cuyo fondo dormía el reflejo de una estrella.



II

El director de la compañía, el viejo de la casaca de húsar, el *signór Tomasso Bescape*, italiano rojo en sus mocedades y enteramente canoso ahora, poseía ojos penetrantes—siempre agitados y crispados por una movilidad semejante á un *tic*,—nariz esponjosa, boca sardónica, barbilla rasurada: en

suma, fisonomía de mimo, azotada por luega cabellera color de rutilante polvo.

Tomás Bescapé había sido en su patria unas mijas cocinero, un poco cantante, otro poco perito en corales y lapislázuli, un tanto tenedor de libros en casa de cierta tendera de rosarios de la *Via Condotti*, medio *cicerone* y medio intérprete de embajada... cuando una borrasca de su azarosa vida le lanzó á Oriente, donde, á fuer de poligloto y trujamán de toda lengua ó dialecto, en pocos días se hizo dragomán de los excursionistas á Palestina, y tras de ensayar infinidad de desconocidas y excéntricas profesiones, dedicóse á *berrugero* en el Asia Menor. ¡Singular organización la de nuestro italiano, inagotable en recursos y expedientes, apto para toda industria, hábil en todo remiendo de personas y cosas, satisfecho con las metamorfosis y avatares de una vida semejante á los cambios de decoración en los teatros, aceptando á la miseria de los entreactos con el género de truhanesco regocijo propio de los narradores del siglo xvi, y conservando en los mayores desastres la confianza del norteamericano en el día siguiente: amén de todo

esto, gran contemplador de la naturaleza, y muy divertido con los espectáculos gratuitos que esta pródiga madre brinda á quien vagabundea pedestremente por las cinco partes del mundo!

Después de recorrer durante algunos años los alrededores de la antigua Troya, perezosamente ocupado en buscar *berrugas*, excrescencias de los nogales de aquel país con que se incrustan muebles muy estimados en Inglaterra, apareció un día hecho inspector del Circo Olímpico de Pera, asumiendo las funciones de contador y las de picador cuando lo reclamaba el buen orden del espectáculo. Allí, mientras percibía gajes bastante módicos, nació en la mente del italiano la idea de un negocio novísimo á la sazón. Por



un *mejidié* compraba al turco que á la puerta del café fuma su pipa el tapiz donde se acurruca, y pocos días después se lo revendía á un viajero. Como la venta saliese bien y le infundiese confianza, resolvíase á adquirir en los bazares rimeros completos, bastándole verlos por el revés; tal era la práctica que iba adquiriendo y lo seguro que estaba de la pereza de los mercaderes otomanos. En breve, además del depósito que en su casa existía, relacionábase con un corresponsal en Londres y otro en París, donde algunos artistas comenzaban ya á adquirir los inimitables productos, obra de pueblos coloristas: alfombras que entre los mágicos matices de su trama suelen mostrar un mechoncillo de cabellos, colocado de trecho en trecho, para marcar la diaria tarea de la mujer que lenta y amorosamente, en su hogar radiante de sol, he tejido la tapicería.—Casi enriqueció á Bescapé el negocio, y con la riqueza y la cautela que de ella procede, vino la tentación de ser el amo en alguna parte. Sucedió esto cuando Lestrapade, director del Circo Olímpico, le proponía que se fuese con él, en unión del resto de la compañía, á los confines de Oriente, donde

soñaba adquirir gran fortuna. Habló Bescapé á los camaradas, sondeó á los que repugnaban viaje tal, y con su fácil palabra y charla semielocuente, persuadióles á tomarle por director y seguirle á Crimea, donde, según informes positivos, sabía que un circo sería recibido en palmas.

Aunque abandonado por una decena de artistas, no renunció Lestrapade á su arriesgado propósito. Salió una mañana, con bastante numerosa compañía, hacia Moscou; llegó á Viatka, cruzó toda Siberia, anduvo á tiros con los tártaros en el desierto de Gobi, matáronle la mayor parte de su gente, perdió todos los caballos, y milagrosamente arribó á Tien-Tsin, no restándole más compañeros que su hija, su yerno y un payaso. El intrépido director llegaba á Tien-Tsin un día después de haber sido asesinados el cónsul y las Hermanas de la Caridad; pero, ajeno á desalientos y sustos, púsose en camino otra vez, logró verse por fin en Sangaï, y reorganizando allí su compañía con marineros y jacas chinas, embarcó haciendo rumbo al Japón.

En cuanto á Tomás Bescapé, comprado que hubo el material necesario, partió en

dirección de Sinferopol, donde su circo obtuvo éxito sorprendente. Era el italiano, en el fondo, diplomático sagaz, y á su llegada á Sinferopol tuvo maña para relacionarse con los oficiales, poniendo el espectáculo bajo su patronato, por decirlo así, y consiguiendo que, ganados por su afabilidad, buena sombra y regocijado humor, se convirtiesen en trompetas de su fama y auxiliares de su empresa: tanto que llegaron á vivir en común y á juntarse de noche para alborotar el barrio de la gitanería, donde, mientras circulaban las bandejas de hierro, groseramente pintadas y atestadas de pasteles, y corría á torrentes el *Champaña del Don*, oficiales y director del circo veían amanecer entretenidos con el bailoteo de las gitanas. Durante estas veladas, Tomás Bescapé, que siempre fuera de muy amorosa complexión, prendóse (á pesar de frisar en los cincuenta) de una gitanilla, con la pasión vehementísima que infunde el condenado salero de semejantes bailadoras. Sentía la danzarina por el director la repugnancia de mocita á viejo, y al par la antipatía de una *romí* por un *giorgio*. Aunque la madre de la gitanilla, Audotia Rudak,

era una solemne zureidora de voluntades, conservaba ciertos escrúpulos respecto á la sangre propia, y no se avino á vender su hija á Tomás—mediante una suma que representaba todo el dinero ganado en el tráfico de los tapices y primer año de circo en Sinferopol—sino en legítimas nupcias. Y el viejo marido consagraba á la joven esposa (que le había recibido con no encubierto horror y le mostraba frialdad permanente) una adoración que parecía engendrada por algún bebedizo: adoración que le lanzó de Crimea torturado de celos seis meses después de la boda, y que luego, cuando ya fué padre, le hizo indiferente á las gracias infantiles de sus hijos, como si la ternura y calor de su corazón perteneciesen por entero á la seductora gitana.

Regresó Bescapé á Italia con su com-



pañía, y de allí en breve á Francia, donde, corriendo los años, fué eliminando poco á poco caballos y picadores, reduciendo el personal á las modestas proporciones que le imponían la merma de las ganancias y la competencia creciente; y, desde hacía dos lustros, representaba sin interrupción nueve meses cada año, pasando el invierno en su país natal, y trabajando durante la estación rigurosa en Lombardía y Toscana.

Era Tomás Bescapé algo más que un saltimbanqui. Atesoraba nociones de cosas varias y peregrinas, instrucción caprichosa y no bebida en libros, sino tomada de boca de tantos individuos de nacionalidad diversa como se complacía en interrogar y hacer charlar por los caminos, por todas partes. Había considerado muy despacio y de muchas maneras á la humanidad. Poseía además facultades y dotes cómicas: el sentido de la farsa representable. Inventaba escenillas burlescas en extremo divertidas; y sumido siempre, en sus ratos de ocio, en la lectura de una colección de antiguos repertorios de pantomimas italianas, su inteligencia solía sacar de ellas partido notable.

Stepánida (Estefanía en nuestro idioma y *Steucha* en el suyo natal, por cariñoso diminutivo) era muy joven aún para haber sido madre dos veces, y hermosa con selvática hermosura, llena de altivas insolencias en su porte y andar. Retorcíase su copiosa y vivaz cabellera en indómitos mechones coronando un óvalo afinado y suave, óvalo de miniatura india. En sus ojos lucían negros resplandores eléctricos, y en la tenebrosa tez de su rostro pensativo, un natural matiz rosado bajo los párpados, semejante á leve rastro de borrado colorete: algunas veces ascendía, á su boca seria, extraña é indefinible sonrisa. Lo original de beldad semejante se avenía divinamente con la lentejuela, el similor, el talco, el oriente de las sartas de perlas falsas, la tosca pedrería imitada de las dia-



demas de barracón, los serpenteos de oro y plata en los oropeles de charros colorines.

Unida—por raro caso—á un *giorgio*, un extranjero, la gitana, dócil al instinto de su raza que desde tiempo inmemorial repugna la asimilación á la familia europea, permanecía hija de las primitivas y vagabundas tribus del Himalaya, los Yatos que, desde las edades prehistóricas, viven, al aire libre, de hurtos y de la destreza de sus manos. Privada del trato de los suyos, confundida su carne con la de un cristiano, en diaria relación con hombres de Francia y de Italia, manteníase aislada, sin embargo, apartándose, en ideas, tendencias y hábitos mentales, del genio íntimo y vida interior de los que respiraban á su lado, retirándose al fondo de sí misma para soñar, sumergiéndose tenazmente en su pasado, conservando con religioso esmero creencias, inclinaciones y aficiones de su misteriosa estirpe. Vivía en singular é incomprensible comunicación con un misterioso soberano de su raza, un Rey-sacerdote remoto y desconocido, que, al parecer, se entiende con sus vasallos por medio de voces de la naturaleza; y tributábale adoración secretamen-

te, con culto supersticioso, mezcla confusa de prácticas de todas las religiones, enviando á su chiquillo á no pocas iglesias á pedir á los sacristanes botellas de agua bendita para rociar con ella el interior del carricoche y los caballos.

Sólo el cuerpo de Estefanía moraba entre la gente occidental y europea de la compañía acrobática; ausente y lejano su pensamiento, sus grandes ojos altaneros y errabundos acababan siempre por convertirse hacia el Oriente, á ejemplo de ciertas flores. Un lazo no más ataba á Estefanía á su patria por adopción forzosa, á sus relaciones impuestas por el acaso: el amor maternal, frenético, animal por decirlo así, que profesaba á su hijo menor el hermoso Leonelo, cuyo nombre abreviaba ella diciendo Nelo siempre.

Y, aparte de su maternidad, aquella hembra extraña, indiferente á los reveses de la fortuna, inepta para discernir el bien y el mal, incapaz de recordar puntualmente suceso alguno, obtusa en percibir las cosas que existían en torno suyo, como lo son ciertos pueblos de los confines orientales, parecía una mujer que jamás acaba de despertar de

un sueño, y que vive en nuestro globo sin llegar á convencerse de su propia existencia en un mundo real y verídico,

El primogénito del director de la compañía, Juan, á quien llamaban Gianni, tenía cuerpo de adolescente, sobre cuya forma juvenil comenzaba á modelarse el diseño del vigor y donde la acción y el esfuerzo señalaban ya la naciente cuadratura de los músculos. En sus brazos giraban casi las redondeces labradas á martillo de los biceps de atleta; destacábanse sus pectorales, formando la breve saliente plana de los bajos relieves helénicos; y cada movimiento de su torso indicaba al instante, bajo la piel de los lomos, el modelado de anchas ligaduras nerviosas profundamente insertas. Era alto y de piernas luengas y gallardas; poseía la belleza de la academia masculina, el gracioso y repentino desenvolvimiento de formas densas y esbeltas á la vez, cuyas arcaturas rígidas, semejantes en las pantorrillas á las placas de bronce de una jambera griega, se afinaban en tobillos y corvas con delicada tenuidad. Observábase también en el mancebo la longitud de los tendones, indicio de debilidad en todo el mundo, pero

de fortaleza en el gimnasta, pues le permite juntar y recoger, en el escorzado de un músculo contraído, la total resistencia de su longitud.

Á la mayor parte de los individuos que se dedican á la profesión de saltimbanquis, les atrae y sujeta la afición á la vida trashumante y vagabunda; pero Juan sentíase prendado, apasionado de su oficio. No lo trocaría por ninguno. Era acróbata con vocación. Nunca le molestaba repetir ejercicio que le pidiesen, y su cuerpo, removido por los aplausos, semejaba no querer pararse jamás. Gozaba infinita fruición al desempeñar satisfactoriamente una habilidad, al mostrarse elegante y correcto; y, á solas y para sí, ensayaba y volvía á ensayar la habilidad, esmerándose en mejorarla, perfeccionarla y prestarle cuanta donosura, magia y presteza caben para triunfar con agilidad y maña de aparentes imposibilidades del mundo físico. Si pregonaba y traía la fama hasta el barracón de su padre alguna habilidad nueva para Juan desconocida, la investigaba con burlesca desesperación, y la perseguía obstinado, hasta cazarla. su primer pregunta á las gentes del ofi-

cio que por los caminos tropezaba, era siempre:—¿Qué habilidades nuevas corren por París?

Pasaba malas noches, de esas *noches de leñador* durante las cuales la pesadilla del cansancio repite la labor diurna; noches de empeñada lid con el colchón, en que el cuerpo de Juan continuaba en sueños los violentos ejercicios acrobáticos.

Por lo que toca al hijo segundo, era todavía la criaturita de pecho que su madre, en un impulso de su estrecha é indisoluble maternidad, se empeñara en criar hasta el tercer año; de suerte que le acontecía al rapazuelo apartarse de los chicos con quienes jugaba, mamar, y en seguida volver corriendo junto á sus compañeritos.

Combinación de fuerza é inofensiva dulzura: así podemos definir al Hércules de la compañía, amén del ser más perezoso y avaro de sus movimientos cuando no trabajaba. Veíasele siempre en posición de hombre acogotado, aplastando, al derrumbar el pesado torso, sillas y bancos, que estallaban bajo su mole; tenía su cara algo del extravió bestial de los faunos de Prudhon, y su boca, generalmente entreabierta, descubría den-

tadura de lobo. Dotado de extraordinario é insaciable apetito, aseguraba que no había logrado hartarse ni una vez sola, lo cual le ponía melancólico, con melancolía de estómago vacío eternamente.

Rapado como un tiñoso, tenía el payaso cabeza medioeval, por el estilo de las que el pintor Leys desenterró para modelo de sus creaciones en el antiguo Brabante austriaco. Sus rasgos fisiómicos parecían bosquejo de humanidad rudimentaria y mísera: ojos como derramados entre párpados sin diseño, nariz similar á una plasta de carne, boca que semejaba la desportilladura de informe cacharro, rostro embrionario y tez sucia y negruzca. Tan ruin ser era malo á lo socarrón, displicente, amigo de molestar, ratero de cuanto hallaba á mano y de los víveres guardados para el día siguiente. Veinte veces estaría despedido á no ser por la protección de Estefanía, que, en secreto, simpatizaba de un modo extraño con el hombre en quien veía patentes los instintos de rapiña y malignidad de su raza. Gustaba Agapito Cohegru de martirizar á los animales; trataba de lastimar y hacer daño en las pantomimas; y su misma ironía en el

tablado parecía resto de furioso rencor por todos los anodinos puntapiés recibidos en el trasero. Era el Alcides la predilecta víctima á quien el payaso torturaba, azuzaba y desesperaba con mil diabólicas invenciones, que herían en lo más sensible la estupidez del hombrón, el cual no se atrevía á vengarse temiendo matar á su perseguidor de un golpe. Con todo, sucedía á veces que se agotaba la paciencia de Rabastens, y de un revés de su mano mortecina limpiaba el polvo al payaso administrándole regular soplamocos. Rompía entonces Agapito Cochegru en lastimoso llanto, á lágrima viva, horriblemente grotesco con la pueril gesticulación de su desconsolado rostro y lo cómico de los movimientos de imbécil á que le tenía acostumbrado el cuerpo su oficio. Pero en breve se sentaba, pegadito á su adversario, cortando así el vuelo de otro cachete; y ya escudado, descargábale incessantes y malignos codazos en la región intercostal, llamándole *cobardón* y no desviándose, todo llorosico y moqueador, hasta pasado mucho tiempo.

Era el trombón un pobre diablo, sumido en la miseria de las profesiones ínfimas de

arte, miseria tan profunda, que sus más insensatas aspiraciones consistían en que le alcanzase el mezquino salario para media taza de café y una copilla de licor. Tal era el *nec plus ultra* de sus ambiciosos sueños.

Con todo esto, con tener tan pocos monises, con ser su persona cifra y compendio de los descamiados, y hallarse su ropa más tejida de grasa que de fieltro y parecer que andaba sobre entreabiertas mandíbulas de tiburón, por estar divorciadas la caña y la suela de sus zapatos

claveteados de gruesos clavos, era feliz aquel hombre profundamente mísero. Sostenía amistosa relación con un sér querido que le correspondía y le compensaba todo, hasta las maldades del payaso. Vivía en intimidad con la perra de aguas de la compañía, animal que á consecuencia de una enfermedad semejante á las enfermeda-



des del humano cerebro, padecía momentáneas supresiones de la memoria, hasta el punto de tener que renunciar á las graciosas habilidades que ejecutaba en sana salud; y el trombón, á la verdad poco mimado y querido por sus semejantes de ambos sexos, de tal modo se apegara á la pobre perra, malucha ya por costumbre, que cuando la veía con los ojos muy inyectados, se privaba de su bendita taza de café, ahorrada diariamente ochavo tras ochavo, para comprarle una purga. No el purgante, que ni pizca de gracia le hacía á *Larifleta*, sino el cariño y cuidado con que se lo administraban, agradecía la inválida perra en sus momentos lúcidos, clavando en su bienhechor miradas donde rebosaba cuanta ternura puede lucir en los ojos de una bestia: hasta le daba gracias con risa de reconocimiento, descubriendo toda la dentadura. ¡Risa, sí! La perra se reía. Nadie de la compañía era capaz de ponerlo en duda después de haber presenciado el hecho siguiente. Hallábase una mañana el trombón calentando algo sobre una hornilla colocada en el suelo, en una sartenucha bien conocida de *Larifleta*; rabo entre piernas y

mohina, pero resignada, la perra aguardaba allí; veía cómo retiraban del fuego el líquido humeante, lo echaban en un tazón,



lo revolvían aprisa con cuchara de palo, y después, atónita, lo veía subir más arriba de su hocico, ascender, llegar á la boca del trombón, y sepultarse en ella. Al punto

mismo de cerciorarse *Larifleta* de que el menjurje que causaba retortijones entraba en el cuerpo de su amigo y no en el suyo propio, dibujóse sobre su perruna faz la más irónica y alegre risa muda que cabe en semblante humano.

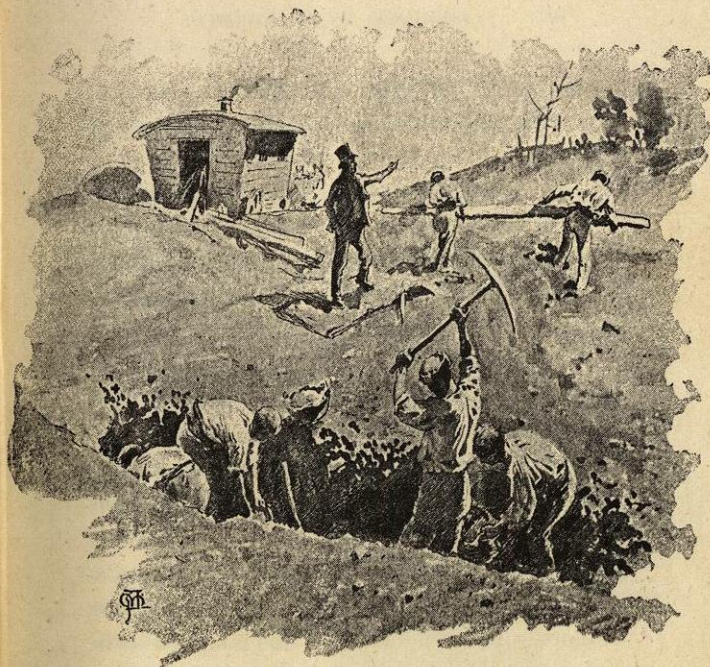
Á la *Aporreada* le venía el apodo desde su niñez y juventud, que pasó en un puro golpe. Cuando á los siete años la recogieron pilleando por las calles de París, contestó al presidente del tribunal que la interrogaba— «Señor presidente papá y mamá se han muerto del cólera... El abuelo me ha metido en el hospicio... Se murió ocho días después que papá y mamá... y por eso me volví á París, donde me perdí, porque... ¡es tan grande...!»—Hoy era mujer de veintiocho años, de rostro curtido, brazos lo mismo, y negros hasta por cima del codo, blanqueando en el biceps ancha cicatriz de vacuna. Vestía siempre traje de tarlatana rosa, sobre el cual corrían guirnaldas de follaje de trapo, ceñido por un cinturón, que se ensanchaba en el vientre formando un losange que encerraba caracteres cabalísticos impresos en rojo; á continuación del voluminoso seno, lucía un talle extraordinaria-

mente delgado, estremecido de vida nerviosa. Rodeaban sus ojos horribles ojeras, y entre este cerco y la curtida piel, asustaba casi la blancura de la córnea. El cabello, remangado á la china y adornado con dos margaritas de plata, le caía por la espalda como el áspero crinaje de un casco. La laboriosa musculatura de su cuello dibujaba gruesas cuerdas sobre las hondonadas y surcos de su tabla de pecho, pues era muy flaca, aunque de proeminente seno, cadera y muslo. Tenía la *Aporreada* boca grande con dentadura blanca y hermosa, nariz á un tiempo respingada y aguda, y, bajo los pómulos, unos huecos que, vistos á cierta luz, descubrían instantáneamente la osatura de una calavera que atravesaba la piel del rostro. El febril resplandor de la



mirada, el malsano brillo del cutis, lo descarnado de la *facies* y garganta, la canalesca maceración de todo el asendereado organismo, narraban las miserias, los sufrimientos, las *juergas*, los resfriados, insolaciones y dolorosa lasitud de la mujer, así como un pasado de muchacha que á menudo suple la falta de pan con aguardiente.

Sobre el tablado de la farsa veíase á la *Aporreada* mascullando una florecilla y mortificando perennemente su talle por medio de coléricas tracciones, con el dorso de la mano montado sobre las caderas, cual si quisiese levantar y desencajar la cintura del torso; y luego, echándose atrás, con las manos extendidas, juntas y rígidas, retractados los dedos y vueltos los codos, quedábase inmóvil la titiritera, perdida la mirada en el espacio, entreabierta la bocaza, térreas las fosas nasales.



III

En el campo de la feria de la villita ó aldehuela cuyo señor alcalde autorizaba al director Tomás Bescapé para dar función, los hombres de la compañía limpiaban de hierba, apresuradamente, un vasto circuito, en torno del cual los arrancados terrones